

La contaminación de las democracias

CADA DÍA SE HABLA MÁS DE DEMOCRACIA Y, SOBRE TODO, CADA DÍA LOS POLÍTICOS HABLAN MÁS DE DEMOCRACIA. MERECE LA PENA PENSAR ALGO ALREDEDOR DE ESTA CURIOSA REALIDAD PORQUE, SI LA DEMOCRACIA FUERA UN DATO CIERTO, NO SE HABLARÍA TANTO DE ELLA.

TOMÁS CALLEJA

El hecho de que se hable tanto de ella se debe, precisamente, a que la democracia no es un dato cierto. Más bien, en muchos casos, y por supuesto en el de España, la democracia no es un dato cierto, y su grado de incertidumbre ha crecido considerablemente en los últimos años.

La democracia es, fundamentalmente, un sistema político, pero solo alcanza una razonable certidumbre cuando se hace, también, un sistema social. No se puede evitar que la democracia sea un sistema político, pero, solo cuando es practicada y vivida por buenos políticos, alcanza la categoría de sistema social. Por tanto, las buenas democracias necesitan de buenos políticos, es decir, de políticos preparados y honestos. Y hacen falta las dos dimensiones.

La democracia necesita de gente preparada, es decir, de gente con estudios, conocimientos, capacidades y habilidades, y que estos activos hayan sido construidos fuera de la política, porque la política no es buena como primera escuela, y, como mucho, es buena como segunda escuela cuando el sistema político es también un sistema social. La necesidad de tener gente buena en la política es elemental y perentoria. El riesgo de no tener gente buena en la política es grande y las consecuencias de vivir con

ese riesgo son siempre muy caras y de difícil superación.

LA DENSIDAD DE LA POLÍTICA

Si analizamos el mundo de la política y su recorrido en los últimos treinta y ocho años, podemos observar un crecimiento sustancial y de difícil justificación del número de políticos en casi todas las democracias, en unas más acentuado que en otras. En ese crecimiento, la relación calidad-cantidad es siempre inversa, es decir, a más cantidad de políticos, menos calidad de políticos y, por ende, menos calidad de política y menos calidad democrática.

Cuando los políticos son pocos, el sistema es selectivo y los que acceden a la política suelen ser buenos como consecuencia de esa selección. Cuando los políticos son muchos, el sistema deja de ser selectivo, porque no puede continuar siéndolo, se relaja inevitablemente y aloja gente menos buena, primero, gente mediocre, después, y gente mala, más tarde, es decir, gente no preparada y sin valores. Este proceso es inevitable y está estudiado, con precisión y profundidad, en la teoría de conjuntos.

Cuando los políticos son pocos, acceden a la política personas que no necesitan la política para vivir, casi lo contrario, porque ser minoría justifica el sacrificio, y es casi la política la que los necesita a ellos para vivir. Cuando los políticos son muchos, accede a la política gente que necesita la política para vivir,

que vive de la política y que necesita la política para continuar viviendo, porque difícilmente encontrarían otro sitio para vivir mejor.

Cuando los políticos son muchos, el intervencionismo crece indiscriminadamente, el coste del sistema se dispara, la calidad de la democracia se pierde, la política se contamina y, en consecuencia, la sociedad se contamina de la mala política. España es un ejemplo nítido de la realidad de este proceso y de las consecuencias irreparables que tiene. Por eso, España es más crisis.

Resulta interesante, además de preocupante, reparar en el crecimiento de la actividad política, de la intervención política, de la densidad política, de la maquinaria política, de la especie política, del boato político, del montaje político, del protagonismo político y de casi todo lo que pueda ponerse delante de las palabras político o política.

Desde lo que fue o es el propio diseño de la política, hasta lo que es el propio montaje de la política hay una distancia abismal en tamaño, en coste, en presencia, en representación y en intervención. Ni la ciudadanía, ni la economía, ni el mercado, ni las empresas, ni la sociedad necesitan tanta política, ni tantos políticos, ni tanto coste político para funcionar bien.

Si no es bueno que haya tanto, y hay tanto de eso, sí es bueno pensar en la razón de tanto de eso. La política se inventó, o se pensó, para servir,

Las buenas democracias necesitan de buenos políticos, es decir, de políticos preparados y honestos. Y hacen falta las dos dimensiones

y se instrumentó un sistema que hiciera posible la eficacia y la eficiencia de los servicios que incluía ese servir. Y como la política necesita de personas que quieran servir y que puedan vivir dignamente de ese servir, es necesario que haya personas que quieran y decidan vivir para la política. Si el sistema funcionara bien, todas las personas que decidieran vivir para la política podrían vivir igual o mejor dedicándose a aquello para lo que se han preparado profesionalmente.

El sistema empieza a desequilibrarse cuando en él se introducen y se instalan personas que quieren y deciden vivir de la política. Como el sistema que abre esa posibilidad no funciona bien, todas las personas que deciden vivir de la política no podrían vivir ni igual ni mejor dedicándose a aquello para lo que no se han preparado profesionalmente.

Las personas que viven para la política, cuando dejan o tienen que dejar la política encuentran fácil y rápidamente trabajo y empleo. Las personas que viven de la política se aferran a ella de manera ansiosa y egoísta, y cuando tienen que dejarla, tienen dificultades para encontrar una ocupación digna, en la que siempre acaban viviendo mucho peor de lo que vivían cuando vivían de la política. Las malas democracias encuentran acomodos injustificables a los políticos que salen de la política colocándoles en instituciones y empresas que valen para poco y que sirven como refugios de los excluidos.

Las personas que viven para la política tienen una visión de la sociedad que pretenden construir y son generosos en su camino hacia esa visión. Las personas que viven de la política tienen una visión del futuro que quieren construir para sí mismos y son egoístas en su caminar por

la vida. Todos los muchos corruptos que pululan por la política son gente que vive de ella y esperan que la política sea su refugio cuando se haga transparente su mediocridad inoperante.

Tenemos que distinguir entre políticos “para” y políticos “de”. Una democracia con muchos políticos “de” es una mala democracia. Y como hay muchas democracias con exceso de política y de políticos, hay muchas democracias malas, aunque las que tienen más políticos “de” son más malas que las que tienen menos.

Si el nacionalismo costara dinero, no habría nacionalistas. Sería fácil probar que la mayor parte de los políticos nacionalistas son políticos “de”. La mayor parte de los políticos que hablan frecuentemente del pasado son políticos “de”, porque un político “para” tiene una visión y la visión está en el futuro, con lo cual, ese verdadero político ni tiene tiempo ni le interesa hablar del pasado. Lo que preocupa e interesa a un político “para” es la sociedad, la economía, el progreso, las empresas, los ciudadanos y las personas. Lo que preocupa e interesa a un político “de” es su sociedad, su economía, su progreso, sus personas.

Un político “para” siempre une. Un político “de” siempre separa. Un político “para” quiere una justicia efectiva. Un político “de” quiere una justicia ligera y obediente. Un político “para” construye referencias sólidas. Un político “de” destruye referencias. Una Constitución es una referencia importante. Es difícil sentirse tranquilo con una Constitución que ha hecho posible un país a la deriva y sin futuro geopolítico conocido, o con unos políticos que no saben respetarla incluso más allá de lo que dice, cuando lo que dice es bueno.

La democracia tiene fortalezas, todas las que justifican su existencia y su generalizada aceptación. Pero también tiene sus debilidades, cuya ignorancia u olvido tiene un alto coste y puede suponer un fracaso del sistema

EL FRACASO DE LAS DEMOCRACIAS

Esta crisis que nos inunda, después de que alguien nos ha sumergido en ella, se está constatando como la más fehaciente demostración del fracaso de las democracias (atención al plural), como consecuencia de que el tratamiento de sus debilidades las ha hecho más vulnerables que invulnerables ha podido hacerlas la ausente gestión de sus fortalezas, opción esta que, de haber existido, hubiera hecho posible hablar del éxito de la democracia, en singular.

Si ningún sistema puede ser del todo bueno, porque el poder nunca es bueno, tiene sentido el dicho de que la democracia es el menos malo de los sistemas, pero el nivel de excelencia que alcance cada una de sus materializaciones depende de la realidad que alcance en ellas el significado de las palabras “menos” y “malo”. Si el sistema es mucho menos malo que los otros, se acerca a bueno. Si el sistema es poco menos malo que los otros, se acerca a malo. La democracia tiene fortalezas, todas las que justifican su existencia y su generalizada aceptación. Pero también tiene sus debilidades, cuya ignorancia u olvido tiene un alto coste y puede suponer un fracaso del sistema, como está ocurriendo en la oportunidad de esta crisis que es, precisamente, consecuencia de tratamientos equivocados de esas debilidades. Analicemos el contenido de esas debilidades:

- La posibilidad de crecimiento incontrolado del número de políticos. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son un coste excesivo del sistema y una división ruinosa entre los diferentes bandos y sus intereses.

- La posibilidad de reducción del nivel de exigencias para soportar



una carrera política. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la incompetencia de los políticos y el alto coste de la ineficacia de su gestión.

- La posibilidad de crecimiento injustificado del intervencionismo. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la limitación de la libertad y los costes de un abigarrado aparato institucional.

- La posibilidad de una parcelación inoperante de funciones y competencias. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son el enfrentamiento entre instituciones superpuestas y los costes de duplicaciones operativas.

- La posibilidad de conexiones enfermizas entre los partidos políticos y los bancos. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son el descontrol de la ava-

ria de los bancos y los costes de los retornos que obtienen de sus favores.

- La posibilidad de crecimiento incontrolado del número de funcionarios. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la superposición de gestiones oficiales y el coste de la nómina de las instituciones.

- La posibilidad de una descentralización ingobernable. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la pérdida de la unidad del país, el afloramiento de los nacionalismos y el descontrol económico y financiero.

- La multiplicación injustificada de organizaciones políticas. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la disgregación del electorado, la pérdida de mayorías significativas y el afloramiento de coaliciones incomprensibles que hacen poco

.....
**La democracia,
 para poder
 ser el menos
 malo de los
 sistemas, no
 necesita ser
 el más caro
 de ellos ni
 arruinarse en
 su experiencia**

posible la existencia de gobiernos razonables.

- La posibilidad de crecimiento injustificable e injustificado de los impuestos para poder hacer frente a los gastos excesivos y a las inversiones improductivas de un Estado ineficiente. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la desaparición de muchas empresas, el crecimiento del desempleo y el agotamiento económico y financiero del país.

- La posibilidad de desconsideración del ciudadano no alineado. Las consecuencias no deseables de un tratamiento equivocado son la pérdida de motivación política de los ciudadanos y los costes de enfrentamientos innecesarios.

La falta de capitalización de las fortalezas y el reforzamiento de las debilidades por los aprovechados del sistema conducen a la decadencia de las



EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, LOS POLÍTICOS HAN REFORZADO LAS DEBILIDADES Y HAN EMPOBRECIDO LAS FORTALEZAS DE LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES.

democracias, donde aquellas se olvidan y estas se instalan, y los costes consecuencia de esa instalación gravan torpemente el sistema productivo, que cada vez es menos capaz de soportarlos.

Las democracias occidentales, en mayor o menor medida, están siendo víctimas de la instalación exagerada de las consecuencias de esas debilidades, con lo que sus economías se han visto cada vez menos capaces de soportar unos sistemas políticos excesivamente onerosos como consecuencia del crecimiento progresivo de la instalación de los efectos de las debilidades.

En los últimos años, los políticos han reforzado las debilidades y han empobrecido las fortalezas de las democracias occidentales, hasta que ese proceso deteriorador ha abocado en la crisis que nos atenaza. La democracia, para poder ser el menos malo de los sistemas, no necesita ser el más caro de ellos ni arruinarse en su experiencia.

LA INCAPACIDAD DE GOBERNAR

El gobierno y el sistema de gobierno de una empresa son muy importantes para su éxito y para su supervivencia. En una empresa joven un mal gobierno acaba con ella rápidamente; en

Los gobernantes de los gobiernos instalados en muchos países de la Unión Europea se ocupan de gobernar, pero no saben gobernar

una empresa adulta un mal gobierno puede tardar más en acabar con ella, pero siempre cava su tumba. En épocas estables, la experiencia y el buen hacer del equipo de producción puede mantener a la empresa viva, pero en épocas inciertas e inestables un mal gobierno equivale a un cáncer maligno.

En un país ocurre lo mismo que en una empresa y las consecuencias de un mal gobierno son mucho más desastrosas. Si analizamos el recorrido de los gobiernos de los países occidentales durante los últimos treinta años, podemos observar con bastante nitidez que los gobiernos se han ido degradando hasta llegar a la situación de los diez últimos años, en los que se ha ido instalando una generalizada incapacidad de gobernar. La crisis actual es una consecuencia de la incapacidad de gobernar de los gobiernos de los países y de los gobiernos de las empresas de las sociedades que la sufren. Esa situación es más visible y está más establecida en España que en los demás países, ya que España está peor que otros porque esa incapacidad es visiblemente mayor.

Los gobernantes de los gobiernos instalados en muchos países de la

Unión Europea se ocupan de gobernar, pero no saben gobernar. Por ello, se ocupan de temas no relevantes y las decisiones que toman no crean valor, y muchas veces lo destruyen. La generación de la crisis actual tiene mucho que ver con el ejercicio de gobiernos incapaces que han ido, durante un considerable tiempo, deteriorando las economías de los países que los sufrieron.

Los gobernantes de las empresas públicas se ocupan más de temas personales y de corto plazo que de asegurar el éxito y la supervivencia de las empresas que gobiernan, y esas actitudes han originado la situación delicada por la que atraviesan muchas de ellas y la desaparición de otras muchas que han dejado de existir. En España, la historia de las Cajas de Ahorro es un ejemplo de que las empresas públicas están siempre más cerca del fracaso que del éxito.

España tiene un sistema político que su economía no puede soportar. Más de tres millones, entre políticos y funcionarios, suponen un lastre insuperable de todos modos para su sistema productivo, y ello ha conducido a una degradación de las instituciones, que generan un output negativo, sin beneficio para nadie ni para nada.

La justicia se ha degradado hasta límites insoportables, la guardia civil se ha convertido en un organismo recaudatorio, la policía anda perdida sin encontrar a ninguno de los que busca, la delincuencia se agranda sin control ni barreras, la corrupción se descubre debajo de cada alfombra que se levanta y el uso del poder delegado, supuestamente, por el pueblo, tiene una orientación egoísta y de bajo nivel de miras.

El gobierno lo hace mal por incapacidad de gobernar y la oposición lo hace mal por insuficiencia de ideas

y de pensamientos. El gobierno se dedica a atacar a la oposición y la oposición se dedica a esperar que el gobierno lo haga mal y que la gente se dé cuenta, pero la gente solo se da cuenta de que nadie hace nada. La gente se cansa y ese cansancio es la única palanca de los cambios de gobierno y de gobernantes, mucho más que las ideas y los planes de los partidos antes de las elecciones. La contribución de la banca al progreso de empresas y clientes ha sido negativa. Una buena parte de los sectores industriales ha desapare-

cido del mapa de España y la tragedia lleva camino de repetirse con el sector energético. La intervención del gobierno en el caso Endesa ha dejado esta empresa en manos de una de las peores empresas eléctricas de Europa, impidiendo un acuerdo con una de las mejores.

Nuestra democracia se ha hecho débil y no tiene fuerza, y la crisis se está comiendo el país sin que el gobierno haya hecho otra cosa que mostrar su incapacidad y la oposición haya hecho

.....
España tiene un sistema político que su economía no puede soportar

otra cosa que mostrar su ausencia de alternativa, con lo que parece que se ayudan uno a otro porque cada uno de ellos se encuentra bien donde está.

La incapacidad de gobernar ha traído este presente y está consumiendo nuestro futuro. Si esto continua así, va a ser verdad la profecía de Alfonso Guerra. Lo que hay que gobernar no se gobierna, y lo que se gobierna se gobierna mal y no es lo que hay que gobernar.

El prudencialismo táctico de Baltasar Gracián

NOS QUEJAMOS DEL POCO VALOR HUMANO Y ÉTICO DE MUCHOS POLÍTICOS DE NUESTRO TIEMPO, PERO NO ES DIFÍCIL ENCONTRAR ANTECEDENTES DEL DAÑO QUE PUEDE HACER AL BIEN COMÚN NO COMPRENDER LA MISIÓN DE SERVICIO A LOS DEMÁS QUE TIENEN TANTO LA VIDA POLÍTICA COMO CUALQUIER PUESTO DE DIRECCIÓN EN LAS ORGANIZACIONES HUMANAS

RICARDO ROVIRA REICH

El amor propio, el afán de quedar bien y agradar, el poder figurar, el sentir que se tiene al menos algo de poder, la auto-afirmación (quizás a veces como superación de la propia inseguridad) y un larguísimo etcétera de debilidades humanas, aconsejan estar siempre vigilantes respecto a la rectitud de nuestras intenciones.

El ambiente de desengaño, de tristeza, de desánimo, de desconfianza, de insatisfacción ante la situación actual del mundo está muy relacionado con la ausencia de una concepción del gobierno como ser-

vicio y con las muchas debilidades que se aprecian en los gobernantes de todo tipo de organizaciones.

Aunque siempre hay cierta arbitrariedad en la clasificación y delimitación de diferentes etapas históricas (sin ir más lejos, podemos recordar el inacabado debate sobre la denominación de la “Edad Media”, e incluso sobre su real existencia), podríamos decir que ésta en la que nos encontramos es la primera gran crisis mundial, o global, del siglo XXI. Y el contexto en el que nos hallamos recuerda insistentemente a otra época: aquella de la peculiar decadencia del optimista espíritu renacentista que

deriva en el ambiente de desengaño del Barroco –particularmente en España.

El pensamiento y la acción política concuerdan bajo los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II con ese espíritu, tan bien reflejado en la literatura de la época, de manera que parece estar fuera de discusión. En el Renacimiento aún se confiaba en la capacidad humana de mejorar la sociedad. En el período barroco, al absolutismo monárquico se añaden crisis económico-sociales que producen un clima de desengaño en los espíritus y de escepticismo en las posibilidades de la política para remediar los males de las mayorías sociales. Es posible que el contraste entre la categoría de gobernantes como los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II por un lado, y los siguientes reyes por otro, haya influido en ese desánimo. La política deja de ser una actividad que se escribe con mayúsculas, para devenir en las minúsculas de la política cortesana. No debe olvidarse que, entre otras muchas variables que influyen en el espíritu de la época, no serán ajenas en